

Una, al hilo de *¡No hay quien los entienda!* y *Los dibuja la historia*, porque no es fácil acompañarlos. Y, la otra, aunque no solemos recomendar libros, ya que nos falta una sección bibliográfica aposta, ¡grave defecto!, pero hoy sí, al hilo de la 8ª Ley.

1. Acompañar a los jóvenes

Espe y Javi Pérez (CO)
(*La Espiral Educativa*)

Un curso de unos 10-12 jóvenes para sacarse el título de Monitor de Tiempo Libre. Más de 40° a la sombra. Córdoba. Plena ola de calor. Un tímido y viejito aire acondicionado nos da el aliento suficiente para conversar en círculo al final de una larga mañana de trabajo. Son casi las tres de la tarde, casi ná!

Nos armamos de valor y preguntamos: ¿os habéis sentido acompañados alguna vez? ¿cuándo? ¿cómo? ¿en qué lo notasteis? Se hace un pequeño silencio, que solo interrumpe algún chistecillo del profe: “no vale de ejemplo cuando te acompañan a ir al baño, eh!”. Pensamos un ratito y empezamos a compartir...

Carlos nos cuenta cuando, siendo muy jovencito, hizo un viaje a Madrid y su primo lo llevó por sitios desconocidos, lugares inimaginables para él, conociendo gente muy diversa y diferente a la de antes: “me cogió de la mano y me enseñó un mundo nuevo, desconocido para mí, con una gente que me aportó mucho”.

Fran comparte la sensación de seguridad: “te sientes grande, fuerte, sin miedo a afrontar las cosas, si estás acompañado”.

Montse nos cuenta cómo se sintió la primera vez de empezar a vivir fuera de casa. Cómo el miedo y la inseguridad se fue tornando en autonomía personal y aprendizajes vitales de la mano de su compañera.

Ale señala a Fran y nos desvela que durante el primer trimestre pasado estuvo a punto de dejar los estudios y él lo acompañó hasta llamarlo muchas mañanas temprano para asegurarse que se levantaba y hacía las tareas.

Mario recuerda al profesor que vio en él capacidades que desconocía y le ayudó a ser lo que hoy es.

Helena recuerda, entre risas, el momento en que su hermano le puso las llaves de la moto en su mano y le animó a salir corriendo para *desestresarse* y afrontar “una mala racha”... y ese gesto le hizo repensar muchas cosas.



Alejandro cuenta lo mal que le iba en el instituto y cómo al cambiar de centro y ambiente todo empezó a ir a mejor. No olvidará a tantos compañeros que le han ayudado a salir para adelante.

Ana comparte con el grupo cómo al inicio del curso pasado un profe le dio la oportunidad de “volver a empezar”, de quitarse los miedos y confiar en sus posibilidades y conseguir lo que se propusiera.

Ángelas tenemos tres. La primera recuerda a esa amiga infinita que estuvo a su lado todo el tiempo que la necesitó mientras estuvo hospitalizada. La segunda nos habla de esa profesora que le dio el tiempo que necesitó para superar un obstáculo académico. Y la tercera admite que hoy es universitaria gracias (en parte) a alguien que le aseguró que podría estudiar una

carrera, si se lo proponía.

Rafa, para terminar la ronda, nos cuenta cómo después de mucho tiempo de alejarse del grupo de amigos en un mal momento, pudo recobrar su amistad sin sentirse juzgado.

Volvemos al silencio inicial. Ya han hablado todos y ahora toca que les digamos algo. Uf, qué difícil. Después de este



aluvión de experiencias, nosotros, los profes, cual sastrecillos valientes, nos disponemos a recoger estos cachitos de vida, retales de recuerdos, para recomponer el vestido de acompañar a los jóvenes. Y a modo de espejo, les devolvemos lo que ellos han expuesto... y les decimos que para nosotros, acompañar a adolescentes es:

Interesarnos por su mundo y por sus cosas. ¡Empezar por el principio!, pues a menudo su mundo parece contrapuesto, en guerra con el de los adultos. Tan solo el hecho de interesarnos por sus centros de interés y ponerlos en valor, ya es revolucionario para muchos jóvenes.

Animarlos a tocar sus miedos. Pero sin engañarlos, no les podemos decir que no tengan miedo, sólo podemos devolvérselos a medida, partarlos en trocitos, analizarlos con la madurez del acompañante para mitigar el miedo del acompañado, advertir de los riesgos y tenderles la mano para que sientan la tranquilidad de no estar solos para afrontarlos. En palabras de Fran “te sientes fuerte si estás

acompañado”.

Ponerlos en el centro. Y ponernos a su lado cuando afronten sus dificultades, recordando que ellos son los verdaderos protagonistas de su historia. Permitirles sentir lo maravilloso de vivir como sujetos de su propia existencia.

Otro mundo es posible. Llevarlos de la mano por otras experiencias, otros mundos, otras maneras más sanas de relacionarnos, completas y satisfactorias. Nunca imponérselas. Pero sí mostrarles que hay más mundos que su mundo, y mostrárselos con la confianza de que serán capaces de descubrirlos y disfrutarlos y, al final, elegirlos... o no, como hizo Carlos con su primo.

Vivir con autenticidad el presente mientras crecemos de manera integral. Ver en los chavales lo que todavía no son, pero que pueden llegar a ser, al estilo del “inédito viable” del maestro Freire. Señalarles la mariposa que llevan dentro, cuando tan sólo ven en sí mismos un capullo pequeño y feo; como hicieron esos profes tan especiales con Mario y Ángela al atisbar esa personita que ya vivía latente en ellos. Pero cuidado, con la trampa de que la expectativa del futuro nos impida disfrutar lo que somos ahora. Nos aterra escuchar a nenes pequeños, con apenas 9 ó 10 años en el campamento de inglés que “aprender idiomas te abre puertas en el futuro”. Los jóvenes no deben vivir en base a lo que serán, sino vivir con plenitud lo que ya son. Tenemos que luchar contra esa idea tan arraigada en nuestra sociedad de hipotecar nuestro presente en pos de un futuro mejor.

Dar oportunidades. Hacerles sentir que pueden. Apostar por ellos cuando nadie lo hace. “Volver a empezar” que nos decía Ana.

Evidenciar nuestra disponibilidad. Que sepan que pueden llamarnos cuando no tienen a quien llamar; tratamos de dejarlo claro, si puede ser, sin necesidad de verbalizarlo. Aunque, a veces, es necesario decirlo porque no están acostumbrados a semejante regalo.

Os preguntamos, educadores/as: ¿pueden vuestros chavales buscaros fuera del horario establecido? Justo en ese horario en el que sucede la vida con sus grandes/pequeños acontecimientos cotidianos.

Acoger, motivar, exigir. Acogerlos en cada encuentro, hablar con el abrazo, acercando corazones, que diría Antonio Chamorro, educador “como la copa un pino”. Que de cada encuentro se vayan motivados para seguir afrontando los retos de su vida, sin dejar de decirles lo que pensamos con la tranquilidad de que harán lo que crean oportuno, sin miedo a ser juzgados por nosotros

y, por supuesto, sin que sus decisiones pongan en riesgo nuestra relación con ellos, nuestro afecto.

Y, por supuesto, no equivocarnos de papel: no somos colegas, ni familia, ni alguien de su grupo de iguales. En definitiva, **acompañar adolescentes es caminar a su lado**, caminar sus caminos y no empeñarnos en que sean ellos los que caminen los nuestros.

2. Pío Maceda, *Diálogos con Manuel B. Cossío. Mejoremos la educación*

José Luis Corzo

Se trata de un libro muy oportuno – ¡con la que está cayendo! – ameno, breve y muy asequible a cualquier lector, aun dedicado “a los compañeros y compañeras de profesión y a todos los comprometidos con la enseñanza”. Su autor se acaba de jubilar y es el momento justo para escribir con libertad, gran sentido común y experiencia propia sus síntesis de muchos años en las aulas y en la renovación pedagógica española. Ha escrito con modestia y espíritu de pacto y de concordia. Se ha ahorrado su erudición y, a nosotros, todas las notas posibles a pie de página, aunque brinda una bibliografía final y hasta su correo, por si alguien quiere más. Aun sin notas nos introduce en un rico periodo que la mayoría desconocemos en detalle: el de Manuel Bartolomé Cossío (Haro 1857-1935) y otros personajes más de la escuela española en el despuntar del siglo XX, como Francisco Giner de los Ríos (Ronda 1839-1915) y la Institución Libre de Enseñanza (1876), el Museo Pedagógico (1882), el Instituto-Escuela (1918), las Misiones Pedagógicas... Finge dialogar con Cossío y nos revive escenas y datos frescos, que sólo nos suenan entre tinieblas.

En la terrible España culminada luego en la guerra civil, aquellos liberales aportaron frente a sus conservadores una riqueza tan valiosa y actual, que – a nosotros, rodeados hoy de neo-liberales muy diferentes – nos cuestiona y nos estimula también. Más que un libro de historia, lo es de diálogo con ella, como debe ser: se traga un sorbo de lo viejo, y se levanta la cabeza, como las gallinas, para mirarse en derredor y dentro. ¿Qué nos está pasando que carecemos de aquel ímpetu innovador?

Ellos buscaron por Europa – y se trajeron a casa – las ideas de buenos pedagogos y filósofos con los que recrear la educación: sobre todo del suizo E. Pestalozzi y del alemán F. Fröbel (también de K. Krause); y después, de María Montessori (1870-1952) tan célebre en España desde 1912 y del americano John Dewey (1859-1952) traducido por Lorenzo Luzuriaga. Hoy, en cambio, es muy dudoso que nos hayamos incorporado ni siquiera a Celestin Freinet ni, menos aún, a Paulo Freire. Dentro de casa no creo que haya creadores como el propio Bartolomé Cossío – ambos son apellidos – ni sus muchos amigos. Tras el tétrico franquismo y su terrible purga del viejo magisterio, no tenemos más que leyes y contraleyas, y nunca un pacto escolar duradero como es debido.

Y Pío Maceda recorre la historia de la transición democrática en la que no faltan momentos de entusiasmo pedagógico, como las Escuelas de Verano (de 1965 es la barcelonesa “Rosa Sensat”) y unos movimientos de renovación pedagógica (MRP) literal y vulgarmente secuestrados – esa es mi firme opinión como testigo directo – por la reforma socialista. ¡Hasta puede que exista todavía un sueldo ministerial para quien represente a sus fantasmas!

De estos 40 años de democracia repasa el autor el pacto escolar de la Constitución con logros indudables, como la libertad de cátedra – en equilibrio con el derecho de los centros a su propio ideario –, y con la permanente tensión con la Iglesia y la enseñanza de la religión y, no digamos, bajo el acecho de la derechona – ahora victoriosa